







Argentina es, decididamente, un país extraño, quizá (como tantos) a causa de sus contradicciones y frustraciones, pero sobre todo, y tal vez debido a lo último, en su búsqueda urgente de expresión e

## BlueArt

prepotencia de trabajo



identidad. Sólo así se explica que a pesar de sus crisis recurrentes, en su mayor parte inexplicables para el profano, sea capaz, por ejemplo, de generar una escena jazzística tan dinámica como original.

aste señalar que en un país con menos habitantes que España y una renta sensiblemente inferior a la de ésta, el último disco (triple) de Adrián Iaies lleva vendidos tres mil ejemplares y el reciente de Ernesto Jodos ya ha superado los dos mil. Y estamos hablando de jazz. Eche cuentas el lector y mire en torno a sí. El mérito principal, desde luego, lo tienen los músicos, pero no poco del mismo recae en una serie de pequeñas discográficas que contra viento y marea, a fuerza de fe, locura y, sobre todo, esa prepotencia de trabajo de que hablaba Roberto Arlt, producen discos en los que, contra toda lógica empresarial, calidad y riesgo se dan la mano. Entre ellas destacan, por citar algunas, BAU (Buenos Aires Underground), dirigida por Fernando Tarrés (véase  $n^{\circ}$  94 y  $n^{\circ}$  107-108 de CdJ), PAI, SJazz, Acqua, MDR y BlueArt. Nacida en la segunda ciudad del país, Rosario, a finales de 2001, BlueArt está dirigida por Horacio Vargas, ganador en 2004 de un Grammy Latino al mejor productor por Postangos en vivo, en Rosario,

de Gerardo Gandini. Su catálogo, en el que figuran artistas de la entidad del citado Gandini, Paula Shocron, Ernesto Jodos o Natalio Sued, supera las 32 referencias y su diversidad (del jazz al rock pasando por el tango y el folclore) tal vez sea una buena muestra de esa urgencia que señalábamos anteriormente.

Los títulos que acaban de llegar a nuestras manos así parecen demostrarlo; ellos son *Casi solo(s)*, de Jorge Migoya; *Dixit*, de Carlos Pagura; *De Bach al ruido*, de Martín Devoto; *Hora Local*, de 10pm, y *Amistad*, del cuarteto formado por Natalio Sued, Rodrigo Domínguez, Hernán Mandelman y Franck Oberson.

De los dos primeros sólo se puede decir que son altamente recomendables, y que si hubieran aparecido en España (o en Italia, o en Francia), la crítica no se cansaría de elogiarlos.

Migoya, radicado desde hace años en París y con un disco anterior también en BlueArt (*Otros vientos*, 2003), demuestra hasta qué punto es posible extraer auténticas gemas del aluvión sin encomendarse al azar. Su música es una suerte de *melting pot* integrado por jazz (como concepto compositivo), folclore, música de cámara y hasta rock, que pasa de una atmósfera a otra siguiendo el rastro de un mismo aliento, contenido en una breve suite central que viene a dar sentido al conjunto.

El disco de Carlos Pagura comparte con el de Migoya esa misma voluntad de unidad, que en su caso se traduce en un tema que se repite, con variantes, a lo largo de la obra, engarzando las distintas piezas. Lo que sorprende de Pagura es la maestría con que conjuga (y conjura) dos lenguajes, el culto y el popular, tan a menudo contrapuestos. En este sentido no debe de ser casual que de fundador del grupo Acalanto, dedicado a lo que en un tiempo se llamó (muchas veces con poca fortuna) proyección folclórica, pasara a ser contrabajista de la Orquesta Sinfónica Provincial de Rosario. La concepción camarística de sus composiciones no elude influencias de carácter popular, en un sentido amplio y no restrictivo, amalgamando ecos y difuminando sus orígenes, lo que

## DISCOGRÁFICAS INDIE

confiere en ciertos momentos a la obra, arriesga este cronista, leves aires "canterburianos".

Si los discos anteriores representan, de algún modo, síntesis musicales, el de Martín Devoto es el relato anterior a todo discurso musical. El título es esclarecedor al respecto. El sonido, cualquier sonido, es previo a la música, que es su interpretación y organización. Devoto nos ofrece con su chelo una especie de historia portátil no sólo de la música así entendida, hasta llegar a la abstracción y una de sus consecuencias, el silencio, sino de los recursos del instrumento y de la información sonora que de él se extrae, como señala en la carpetilla Carmelo Saitta, uno de los compositores presentes (junto con Bach, Berio, Saariaho, Lachenmann y Penderecki) en esta obra brillante y lúcida. En las antípodas de semejante concepción, quizá, se encuentra el grupo vocal mixto 10pm. Son nueve voces, dirigidas por Marcelo Patetta (responsable de los arreglos), que al mismo tiempo se acompañan instrumentalmente con talento y pulso notables. El repertorio (de Jobim a Lennon & McCartney pasando por Piazzolla, Djavan u Oscar Castro Neves) es una apuesta segura, y el grupo se enfrenta a él con seguridad y rigor, subordinándose a la contundencia melódica de las piezas elegidas sin por ello dejar de aportar una frescura y un color decididamente originales.

Para finalizar, Amistad es un buen ejemplo de esa tendencia del jazz que se hace actualmente en Argentina preocupada por la historia y evolución del género. La formación (Sued en el saxo tenor, Domínguez en el alto y el soprano y Mandelman y Oberson en batería y contrabajo respectivamente) nos remite de inmediato a los encuentros pianoless de Marsh y Konitz en discos como Warne Marsh meets Lee Konitz Again, y la mención no es ociosa. Más allá de la calidad y madurez de los ejecutantes, la estructura de los temas (cinco de Sued, dos de Domínguez y uno de Oberman) recuerda la libertad armónica de Tristano y también el rigor exigido por éste, sin caer, no obstante, en el hieratismo. Gran disco de un gran sello, cuyo catálogo merece una exploración a fondo. Quien la lleve a cabo obtendrá la feliz recompensa que siempre depara la música excelente.

